

minde, atravesaron intrépidamente la llanura y abordaron la posición del Morabito, encontrándose á un tiempo allí con las fuerzas del ejército.

Soldados y marinos se dieron las manos sobre aquel terreno que acababan de asaltar por dos puntos diferentes, gritando entusiasmados: unos, *¡Viva la Marina!* otros, *¡Viva el Ejército!* y todos, *¡Viva España! ¡Viva la Reina!*—*¡Viva! ¡Viva!* contestaban á lo lejos los demás batallones y las tripulaciones de los buques, que presenciaban esta patética escena...

“¡Oh! exclama, al llegar aquí, un testigo de vista. ¡Oh! si estos acentos de armonía llegasen á la madre patria y resonasen en todos los pechos españoles, moviéndolos á la unión y á la concordia, y ahogando los sacrílegos clamores del odio, del rencor y de la envidia...!”,

Dueño el general PRIM del valle de los Castillejos y de sus primeras alturas, mandó formar los batallones, señalando á cada uno el punto conveniente, y merced á sus acertadas disposiciones, se desalojó al enemigo de los montes situados á su frente. Pero los moros tenían todas sus reservas acumuladas detrás de aquellas montañas, y recibían continuos refuerzos de la parte de Anghera; por lo cual, á medida que se les arrojaba de un punto, aparecían en cuantiosa multitud y en grupos más numerosos y compactos sobre las alturas inmediatas; y aunque desde allí alcanzaban á nuestras tropas con sus certeros fuegos, era tal la confianza que les inspiraba la superioridad de sus posiciones y de su número, que se desprendían hácia el llano á la manera de impetuosa catarata, blandiendo las armas y atacando frente á frente y á pecho descubierto. La caballería marroquí, apoyada por numeroso tropel de gente de á pié, desembocó al mismo tiempo de la cañada invadiendo la llanura confiada á los escuadrones de húsares.

En tal situación, el general PRIM dió á nuestra caballería la orden de cargar, y puesto él mismo á la cabeza de los batallones de Vergara, Príncipe, Luchana y Cuenca, marchó resueltamente contra el enemigo hasta tenerle á distancia de un tiro de pistola: mandó entonces hacer una descarga cerrada, que fué seguida del toque de ataque, y lanzándose nuestras tropas á la bayoneta, veloces como el pensamiento, en menos de diez minutos arrojaron aquella nube de enemigos de sus formidables posiciones.

No menos heroicamente peleaban entre tanto los valientes húsares, acaudillados por sus bizarros jefes el Marqués de Fuente-Pelayo y D. Juan Aldama. Sin consideración al número muy superior de los enemigos, ni á los peligros de una emboscada,

los dos escuadrones se lanzaron al galope, impetuosos y en correcta formacion, chispeando á los brillantes rayos del sol los desnudos aceros toledanos, al encuentro de la caballería árabe, que no se detuvo á esperarles, y en breves momentos desaparecieron persiguiéndola en las angusturas de la cañada.

La infantería mora, que asomaba ya por aquel desfiladero, fué acuchillada y puesta en dispersion por nuestros húsares; los cuales sin detenerse á rematarla, siguieron dando alcance á los ginetes, que ya casi sentian á la espalda el ardoroso aliento de los corceles andaluces; pero al torcer un rodeo de la cañada, se encontraron sin enemigos delante de sí: los marroquíes habian desaparecido.

En cambio los húsares vieron aparecer á corta distancia un apiñado campamento de tiendas cónicas, que, cual bandada de blanquísimas palomas, se asentaba en un valle y en la confluencia de cuatro montañas.

Un grito de alegre sorpresa escapóse de todos los labios á la vista de aquel descubrimiento. — *¡ El campamento moro !* exclaman los húsares llenos de júbilo y entusiasmo. *¡ A tomarlo ! ¡ Adelante ! ¡ Adelante !* Y sin pensar en los peligros de su temeraria empresa, espolean los caballos y avanzan denodados hácia el campamento.

De pronto, en medio de su desbocada carrera, sienten los húsares que se hunde el suelo bajo los piés de sus caballos, y caen atropellados unos sobre otros en profundas zanjas cubiertas de ramaje. Al mismo tiempo estalla sobre sus cabezas, una tempestad de tiros: los moros emboscados, á cubierto de las breñas y de las rocas, les hacen fuego por todas partes, dando feroces alaridos, y gozándose en un triunfo que ya consideran seguro. Pero nuestros bravos compatriotas no se arredran: ayúdanse como pueden, despreciando las balas, para salir de aquel mal paso, y mientras unos escoltan y defienden la retirada de los heridos y contusos, otros cargan furiosamente á los moros, revolviéndose contra ellos, acosándolos y esparciendo el terror y la muerte en sus apiñadas masas. Algunos, más audaces y afortunados, han conseguido salvar los fosos y penetrar en el campamento moruno. Allí, rodeados de enemigos, luchan con ellos cuerpo á cuerpo, y haciendo girar en torno los tajantes sables, cada golpe derriba una cabeza, cada estocada pasa un pecho.

Uno entre todos, digno de imperecedero renombre, el valiente sargento Pedro Mur, ve ondear un estandarte en medio de un grupo de arrogantes marroquíes, y codicioso de gloria, mete espuelas á su caballo destacándose de la línea que ocupaba, se precipita veloz como el pensamiento sobre aquellos, reparte tajos y reveses,

dispersa el grupo, consigue por último afianzar con mano férrea el asta de la bandera, que vigorosamente defiende el moro que la lleva, y lucha con él hasta darle muerte y apoderarse de la codiciada enseña. En seguida vuelve á reunirse con los suyos, atravesando el espacio, veloz como una flecha, en medio de la lluvia de balas que por todas partes le disparaban.

No sin sufrir dolorosas pérdidas fué llevada á cabo esta brillante y temeraria empresa de los húsares. Considerablemente mermadas regresaron sus filas al llano de los Castillejos: los comandantes de los dos escuadrones, Fuente-Pelayo y Aldama, cinco oficiales y treinta individuos de tropa recibieron nobles heridas. De aquellos doscientos leones, faltaron veinte, y solo tres quedaron prisioneros, á quienes por milagro se les conservó la vida, cosa nunca vista hasta entónces entre los marroquíes.

El general PRIM habia elegido entre tanto la posicion que debia atrincherarse, á fin de acampar en ella aquella noche; pero como estuviese dominada en parte por la altura siguiente que ocupaban los moros, y desde la cual disparaban sobre nuestras tropas, mandó avanzar el batallon del Príncipe contra aquella posicion, dejando cubierta por el de Vergara la que habia destinado para el campamento: el enemigo fué tambien arrojado de aquel punto despues de un obstinado combate. Dueño ya de todas las posiciones culminantes, ordenó el General sostenerlas á toda costa, y que un batallon de Ingenieros empezase los trabajos de trinchera en donde la division de su mando debia pernoctar, para al dia siguiente asegurar el desfile y campamento del ejército. El batallon de Cuenca cubrió la extrema derecha, y el de Luchana con los húsares se situaron en la embocadura de la cañada.

Comprendiendo el enemigo la importancia de los puntos que habia perdido, hizo esfuerzos inmensos para reconquistarlos, y al efecto envolvió á nuestras fuerzas avanzadas en una nube de fuego; pero todo fué inútil, y no solo no se perdió terreno, sino que en un momento en que los moros llegaron hasta tiro de pistola de la colina que guardaba el Príncipe, dió este otra brillante carga, y los lanzó de la posicion inmediata. En estos repetidos choques hubo sensibles pérdidas de jefes, oficiales y soldados, cayendo gravemente heridos, entre ellos, los bizarros coroneles del Príncipe y Vergara, Pieltain y Salazar.

Reconociendo el general PRIM la última eminencia conquistada, llegó á divisar el campamento moro, que poco antes habian visitado los húsares, y enardecido como ellos, concibió el pensamiento de apoderarse de él. Llamó á su particular amigo, el

coronel D. Eugenio Gaminde, gobernador del cuartel divisionario, y le dijo:—
“Corra usted, Gaminde, y dígame al General en jefe, que si me manda un par de batallones y envía una brigada por la cañada del Castillejo, me apodero hoy del campamento enemigo.”

Obedeció Gaminde, y al oír el general O'Donnell la proposición de PRIM, exclamó friamente:

—El Conde de Reus se ha adelantado más de lo que le tenía prevenido.

—Pero, ¿qué debo contestar, mi general, repuso Gaminde, á lo que se me ha encargado decir á V. E.?

—Allá voy yo, replicó entónces el General en jefe. Y partió inmediatamente con su E. M., desde la casa del *Morabito*, en dirección á las posiciones ocupadas por el general PRIM, á fin de reconocerlas: pudo entonces convencerse de que por necesidad debían hallarse las tropas en los puntos conquistados; pero no consideró prudente acometer la audaz empresa propuesta por el Conde de Reus. Valiera más que cuando este pidió al General en jefe los batallones de refuerzo, se los hubiese mandado, aun cuando le previniera desistir de la toma del campamento; pues precisamente en aquellos instantes se aprestaban los marroquíes á combatir con todas sus fuerzas, creyendo que, en efecto, los cristianos iban á caer sobre su campo. Eran más de treinta mil, y se les veía hormiguar y rebullirse en aquellas hondonadas, como en un vasto infierno.

Sería la una de la tarde, cuando las tropas del general PRIM, rendidas de cansancio por seis horas de continuos combates, mermadas por el plomo enemigo y sin haber tomado alimento alguno en toda la mañana, fueron impetuosamente acometidas por la morisma, que en apretada muchedumbre apareció coronando las alturas. El Conde de Reus apeló á todos los recursos para contener al enemigo, y en tanto que el Príncipe cargaba briosamente y desalojaba á los moros de sus nuevas posiciones, hizo avanzar el batallón del quinto regimiento de Artillería de á pié, á las órdenes del coronel D. Ignacio Berroeta, el cual, colocado en primera línea, se batió brillantemente sin perder un palmo de terreno, á pesar de haber sido diezmadas sus filas á poco de entrar en fuego.

El combate era espantoso: un doble trueno continuado retumbaba sobre aquellas montañas, y los combatientes desaparecían á la vista, envueltos en una espesa nube de humo: en medio de ella, la bala y la bayoneta herían á un mismo tiempo, causando una espantosa carnicería. Los moros entre tanto caían á centenares, y sin

embargo, su número aumentaba por momentos, brotando á borbotones del seno de aquellos quebrados abismos.

En tan apurado trance llegaron al sitio del combate los dos batallones del regimiento de Córdoba, enviados por el General en jefe. Dispuso el Conde de Reus que dejaran las mochilas, por no ser posible batirse con tan pesada carga, y les ordenó quedar en posición conveniente formando la reserva de las tropas avanzadas; pero mientras esto disponía, fuerzas enemigas de refresco, que se habían visto venir por el camino de Tetuan, cargaron con impetuosa furia y en tan considerable número al batallón del Príncipe, que le obligaron á replegarse á la posición donde había de ser relevado. Entonces el general PRIM avanzó á la cabeza de un batallón de Córdoba para sostener el choque; pero era tal el raudal embravecido que descendía de los montes, que tampoco á este batallón le fué posible contener su ímpetu, y tuvo que ceder también ante las numerosas huestes africanas.

La situación en aquellos momentos fué suprema; pues si se perdía la posición en que estaba el General, era probable la pérdida de las demás, y que el enemigo se apoderase del equipo de un regimiento español, lo cual habría sido un desdoro para nuestras armas: y no solo esto podía suceder, sino que á la derrota de las fuerzas avanzadas, seguiría inmediatamente la de los otros batallones.

“Yo ví á PRIM en aquel supremo instante, dice un testigo presencial¹... Es menester conocer á aquel hijo de la guerra, á aquel fiero catalán, á aquel ardiente soldado, para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido y casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos; su boca contraída dejaba escapar una especie de rugido... Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hácia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, tranquilo y arrebatado á un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que vá á atentar contra su vida.—Ya lo había apurado todo: arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y de amigo. Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajada de mortífero plomo...”

Y el enemigo avanzaba terrible, amenazador, cada vez más numeroso, como si el infierno vomitara sus atezadas legiones. Un momento de vacilación, y todo estaba perdido. Pero el general PRIM no vacila: seguro de que los soldados de todos los

¹ ALARCON. *Diario citado.*

cuerpos que allí habia le seguirian en cuanto le viesen en peligro, decidese á poner su vida en la balanza del combate; y apoderándose de una de las banderas de Córdoba, la tremola con energía, y vuelto hácia las tropas, exclama con inspirado acento:

—*Soldados: ha llegado la hora de morir por la honra de la patria, y honor no tiene quien morir no quiere. Vosotros podeis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podeis abandonar esta bandera. Yo voy á meterme con ella en medio de las filas enemigas... Seguidme... ¡Viva la Reina! ¡Viva España!*

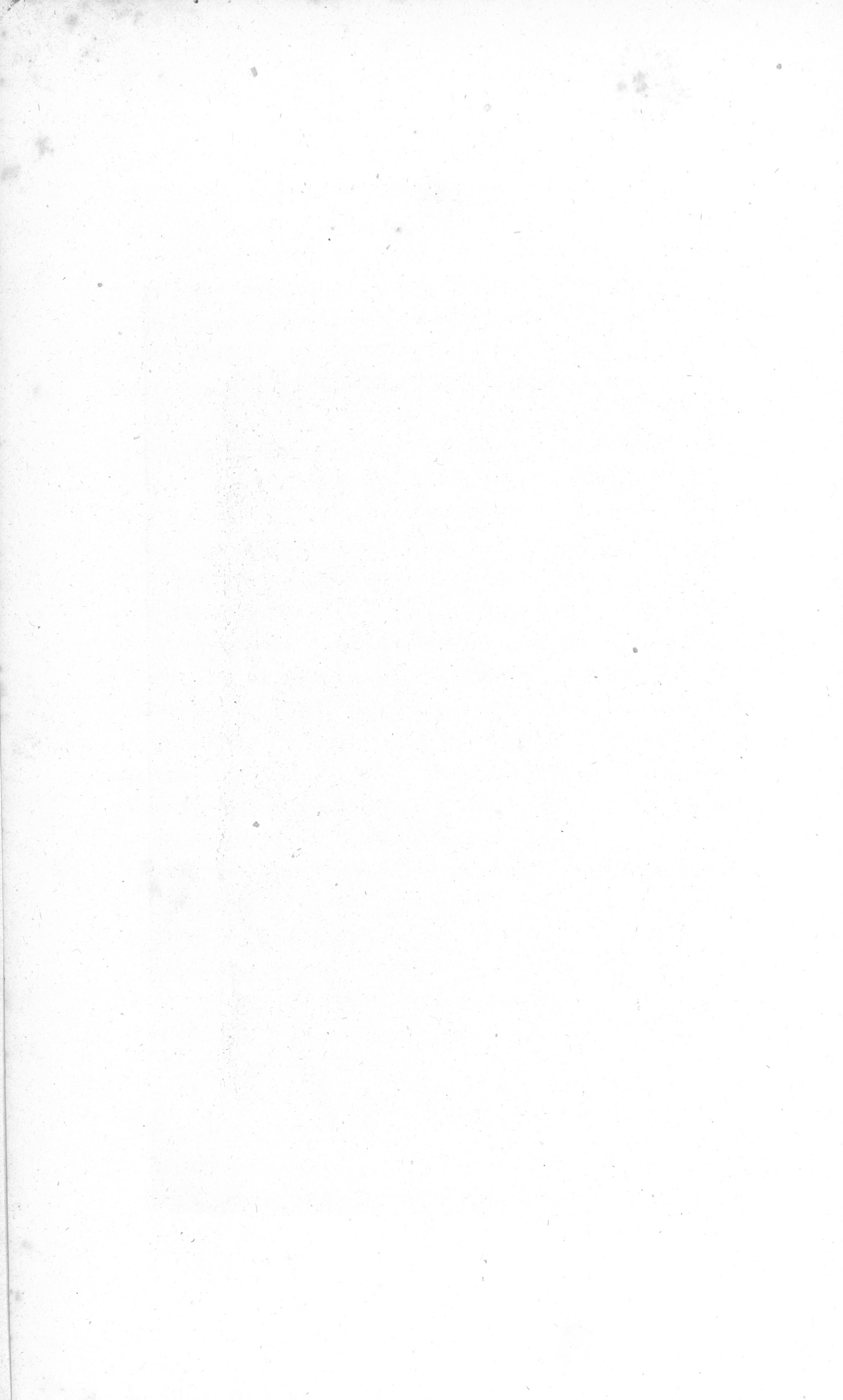
—*¡Viva nuestro general!* gritaron vigorosamente los soldados; y arrebatados por el ejemplo y por el sonido de aquella voz más vibrante que el clarín de guerra, se lanzan en pos del Conde de Reus, que sin reparar en si iba solo ó si las tropas le seguian, atropellaba ya los primeros grupos de los marroquíes.

Lo que allí pasó no se puede explicar: los moros quedaron suspensos por un momento, y como fascinados por la presencia de aquella imponente figura que se les venia encima... Vueltos en seguida de su estupor, prorumpieron en una inmensa gritería, disparando las espingardas, cuyos fuegos á quemaropa diezmaron la escolta del general PRIM, é hirieron á su caballo, que estuvo á punto de rendirse; pero espoleado por su dueño, el generoso bruto, como si conociese el riesgo que corria, hizo un esfuerzo y arrancó de nuevo al galope. Las tropas avanzaban entrè tanto contra el torrente enemigo: breves instantes anduvieron revueltos unos y otros; por no detenerse á cargar, jugaron el arma blanca, cruzándose las gumias con las bayonetas; hubo momentos de indecision, estando en duda el resultado de aquella sangrienta batalla, sobre la cual, en medio de un confuso torbellino de humo y polvo, solo se distinguia claramente la bandera española, guiando á sus defensores como una esperanza de victoria. Y la victoria llegó al fin: el enemigo empezó por detenerse; pronto volvió la espalda, y su derrota fué terrible. Los que salvaron sus vidas, huyeron espantados ante las aceradas puntas de nuestras bayonetas, y el pabellon de Castilla volvió á ondear en la posicion por tres veces conquistada.

Dos dias despues, el general PRIM escribia á sus amigos de España: “Cuando me hallé de nuevo en la segunda posicion, sano y salvo, y con la partida restablecida, me parecia un sueño. ¡Válgame la Virgen, y qué momentos!... Hubiérais de oir los vítores de mis valientes camaradas. No puedo recordarlo sin conmovirme. Todo el ejército pudo ver lo que allá arriba pasó, y el General en jefe tambien me dijo haberlo presenciado.”



Batalla de Castillejos.



Los moros intentaron volver á la carga ; pero el general Zavala, que habia llegado con algunos batallones, contuvo al enemigo, atacándole por la derecha: poco despues llegó el General en jefe, cuya presencia infundió más y más ánimo á las tropas, y las posiciones quedaron aseguradas, no sin que las fuerzas del Conde de Paredes tuviesen que defenderlas con vigor, hasta despues de anohecido, que se retiraron al campamento del Castillejo. Cuando el general Zavala quiso echar pié á tierra, sintióse como atado á su caballo, siéndole imposible abandonar la silla : estaba baldado.

Otro incidente debemos recordar de los muchos que acaecieron en aquel memorable dia. Al presentarse en el teatro de la accion el General en jefe, salió á su encuentro el Conde de Reus, y con tanto respeto como cariñosa franqueza, le dijo estas nobles palabras :— “Mi general, aquí mando yo, este no es el puesto de V. : su vida no le pertenece, y aquí la expone sin necesidad: todo está ya terminado.,”

Tal fué la terrible jornada de Castillejos, gloriosa para las armas españolas, aunque ganada á costa de mucha sangre. Solo en la division de reserva hubo dos coroneles y cuatro comandantes heridos, treinta oficiales y unos trescientos soldados entre muertos y heridos, contándose además otras doscientas bajas en el regimiento de Córdoba y en las tropas que mandaba el general Zavala. De la escolta del Conde de Reus, que se componia de veinte hombres, solo seis quedaron ilesos, habiendo caido exánimes al rededor de su general el comandante, el sargento y cinco soldados, aparte de otros ocho, que fueron retirados heridos de gravedad.

La pérdida del enemigo fué tan grande, que hubo extensiones de terreno en que no pudo pasar el caballo del general PRIM, sino pisando multitud de cadáveres.

La division de reserva pasó la noche en la colina atrincherada, sin ser en ella molestada por el enemigo, que á la mañana siguiente levantó su campamento, y desapareció por las crestas de los montes, camino de Tetuan.

II.

Al dia siguiente de la batalla de los Castillejos, el ejército comenzó á desfilarse tranquilamente, y fué acampando al otro lado del valle. La enfermedad repentina del general Zavala fué causa de que se confiase el mando del segundo cuerpo al

Conde de Reus, que lo anunció á la division de reserva por medio de la siguiente orden del dia :

“Soldados de la division de reserva:—Por disposicion del Excmo. Sr. General en jefe, paso á tomar el mando del segundo cuerpo durante la enfermedad de su muy digno general el Conde de Paredes. Este nombramiento llenaria mis deseos, si él no me obligara á separarme de vosotros, mis bravos camaradas; vosotros, que en cuatro combates sucesivos, enrojeciendo con vuestra sangre el suelo africano, habeis en todos ellos triunfado del feroz enemigo que combatís, mereciendo por vuestra valentía la benevolencia de nuestra augusta Soberana, la consideracion del ilustre caudillo que nos manda, y la estima de la noble España.—Los nombres de los batallones Príncipe y Vergara, Luchana y Cuenca, primero y segundo de Ingenieros, cuarto y quinto de Artillería á pie y Plana mayor, llenarán una brillante página de la Historia de mi vida militar.—El general Rubin de Celis, que viene á reemplazarme, es digno de vosotros: obedecedle ciegamente, como á mí me habeis obedecido, y, como yo, os conducirá la victoria.—Señores jefes, oficiales y soldados de la division de reserva, vuestro general os estrecha la mano con efusion y entusiasmo.—PRIM.,”

Las tropas del segundo cuerpo y de la division de reserva pasaron acampadas en las alturas el dia 2 de Enero, disfrutando de un tiempo magnífico, y sin que en toda la extension á que alcanzaba la vista se percibiese la sombra de un moro. Señores absolutos de aquellas soledades, nuestros soldados amenizaban las horas de descanso entonando á coro el himno de África, mientras limpiaban las armas ennegrecidas por los récios combates del dia anterior.

La noche siguiente se pasó con tranquilidad, esplendentemente iluminada por los rayos de la Luna; y al amanecer del dia 3 levantó el general PRIM su campamento, dirigiéndose á tomar posicion en un punto llamado *los Tres Cantos*, mientras el tercer cuerpo de ejército desfilaba por el valle de los Castillejos.

En la mañana del 4 continuó el ejército su movimiento hácia Tetuan, cubriendo la retirada las tropas del Conde de Reus, y á las cinco de la tarde plantaban sus tiendas en unas colinas llamadas *Alturas de la Condesa*, que dominan el valle *Manuel*, por donde corre, ó más bien se estanca, un riachuelo poco caudaloso.

El ejército marroquí se retiraba tambien hácia el Sur, flanqueando los movimientos de los españoles, y manteniéndose siempre á la derecha y á su vista. Por un momento intentaron los moros oponerse á la marcha de nuestras tropas; pero bas-

taron algunos cañonazos, y el avance de los cazadores de Ciudad Rodrigo, para tenerlos en respeto, y vióseles ir á establecer su campamento á unas dos leguas de la costa, sobre los formidables desfiladeros de *Monte-Negron*.

Esta montaña granítica, de color negro, que se eleva al otro lado del valle *Manuel* y en frente de las alturas ocupadas por nuestro ejército, constituía uno de los pasos más terribles que era necesario atravesar para llegar á Tetuan. Los moros habian elegido bien sus posiciones, y nos aguardaban en ellas con la confianza que les daban las inmensas ventajas del terreno; pero sus esperanzas se vieron defraudadas.

Durante la escaramuza de la tarde del dia 4, el general García, jefe del E. M. general, se adelantó á lo largo de la costa, é hizo un minucioso reconocimiento entre las playas y las lagunas, en que se estanca el rio *Manuel*. El resultado de esta operacion fué un descubrimiento magnífico. Vióse que el escarpado *Monte-Negron* no terminaba inmediatamente en el mar, sino que entre él y las olas quedaba un estrecho istmo de arena, por donde era posible pasar al opuesto lado. Sabido esto, el general O'Donnell concibió al punto el feliz pensamiento de llevar por allí el ejército, burlando la vigilancia y los cálculos de los marroquíes.

En la madrugada del dia 6, cuando aun no se habia tocado diana, el general García emprendió la marcha, seguido del segundo cuerpo de ejército, tres baterías de montaña y dos escuadrones de lanceros, avanzando lo más silenciosamente posible en medio de la oscuridad. Al amanecer, ya las tropas habian atravesado el valle, y momentos despues eran ocupadas por nuestros batallones todas las cumbres que dominaban la estrecha lengua de tierra inmediata al mar, en tanto que la caballería pasaba al otro lado de *Monte-Negron*, y los ingenieros habilitaban rápidamente un cómodo camino para la artillería rodada. El asombro de los moros debió de ser grande, cuando, al volverse hácia Oriente para hacer su acostumbrada oracion matutina, vieron erizadas de bayonetas las alturas de aquella montaña en que ellos mismos se hallaban parapetados, y que con razon consideraban inexpugnable. Las tropas españolas que aun permanecian á la parte de acá del valle saludaron con aclamaciones de júbilo á los batallones del segundo cuerpo, que tan hábil y afortunadamente habian flanqueado las posiciones enemigas.

Todo el tren del ejército y el embarazoso convoy de acémilas y equipajes iba deslizándose, entre tanto, por la llanura, y salvando sin impedimento el temido paso de *Monte-Negron*. Naturalmente, los marroquíes debieron pensar en correrse

á lo largo de la montaña, hácia la costa, para arrojar á nuestros soldados de las alturas que ocupaban; pero, previendo este caso, el General en jefe habia dispuesto que el tercer cuerpo de ejército avanzase por la derecha, fingiendo amenazar al campamento de los musulmanes, y atacando al enemigo por retaguardia, en caso necesario.

El general Ros de Olano cumplió perfectamente estas órdenes, teniendo todo el dia entretenidos á los moros, que, viéndose expuestos á ser cogidos entre dos fuegos, no se atrevieron á moverse hácia la costa; y cuando, á la caída de la tarde, observó que no quedaba ya ni un soldado en el valle, emprendió hábilmente la retirada, y tomó sin ser molestado el camino de la playa.

Fué este paso del Monte-Negron uno de los hechos más notables de la campaña de Africa; porque ahorró una sangrienta batalla, y equivalió á una gran victoria, ganada por el ingenio sin perder un solo hombre; y en él le cupo su parte de gloria al general PRIM por el acierto con que, secundado por sus generales de division y demás jefes, supo conducir las tropas del segundo cuerpo hasta posesionarse de las cumbres del monte, marchando en las tinieblas por un terreno desconocido.

El ejército pasó el dia 6 de Enero y la noche siguiente acampado á la otra parte del Monte-Negron, donde comenzó á sufrir las penalidades de un frioso temporal, que duró cuatro dias; y en la mañana del 7 volvió á emprender su movimiento, avanzando por la playa entre el mar y unas lagunas famosas por su abundancia de sanguijuelas, que producen píngües rendimientos al Emperador de Marruecos, hasta ir á colocarse en unas colinas inmediatas al rio *Azmir*¹. El enemigo siguió paralelamente el movimiento de nuestro campo, plantando sus tiendas á la derecha y á cosa de legua y media de distancia.

Continuaba entre tanto el mal tiempo: caia una espesa lluvia, y soplabá un furioso Sudeste, alborotando el mar, cuyas olas reventaban con ímpetu espantoso en aquellas desiertas playas. Los vapores que seguian costeando la marcha de nuestro ejército tuvieron que retirarse para buscar un abrigo en los puertos de España, no

¹ Este llamado rio es, propiamente hablando, un valle pantanoso, formado por las vertientes de Monte-Negron y las del promontorio ó Cabo Negro, cuyas lomas se levantan más allá, cortando el horizonte hácia el Sur, y detrás de las cuales se encuentra el anchuroso llano y la ciudad de Tetuan. En los partes oficiales de las operaciones de esta campaña, se dan diferentes nombres al sitio donde acamparon nuestras tropas, llamándole unas veces rio *Capitanes*, y otras rio *Azmir*. Quizá se llamaria de otra manera en la lengua del país; pero esta última denominacion prevaleció en el ejército, despues de haberla oido pronunciar á alguno de los guías, y de haber repetido cada cual la palabra de diferentes modos, diciendo unos *Semil*, otros *Zanmi*, otros *Zamir*, etc.